

**Concepto vs realidad:  
la aparente inclusión de los pueblos originarios en las  
novelas históricas de Saer, Iparraguirre y Brizuela**

**Wojciech Tokarz**

St. Francis Xavier University

La crítica literaria asocia las novelas históricas que se caracterizan por la reescritura de discursos referenciales y fundacionales con los procesos de redemocratización de América latina. Fernando Aínsa, Seymour Menton, María Cristina Pons, Florencia Garramuño y Magdalena Perkowska, entre otros, afirman que esos textos<sup>1</sup> presentan la historia como un simulacro teórico, disuelven la construcción de los discursos nacionales proponiendo narrativas que reflejan la diversidad cultural de la región e incluyen a grupos hasta ahora omitidos. Según la crítica, entonces, tanto la reconsideración y la reescritura de los discursos fundacionales como la disolución de los límites temáticos, discursivos y genéricos no solamente redefinen la historia, sino otorgan a su reescritura una

---

<sup>1</sup> Las transformaciones dentro de la novela histórica que se produjeron desde los años 70 incitaron a la crítica a separar las novelas históricas que reescriben críticamente los textos referenciales de la novela histórica tradicional y otorgarles nombres como la nueva novela histórica (Aínsa, Menton), la novela histórica del fin de siglo XX y principios del XXI (Pons), la reescritura genealógica (Garramuño), o historias híbridas (Perkowska). Siguiendo la definición de Lefere, considero esos textos novelas históricas.

importante dimensión política que fomenta las ideas de diversidad, inclusión y participación.

En este artículo propongo reconsiderar el aspecto democrático de la reescritura de los textos fundacionales mediante el análisis de tres novelas producidas en diferentes momentos de la transición hacia la democracia en Argentina: *El entenado* (1983) de Juan José Saer, *La tierra del fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre, y *El placer de la cautiva* (2000) de Leopoldo Brizuela. Demostraré que el proyecto democrático que sugieren estos autores se limita a una reorganización del discurso tradicional especialmente cuando se refiere a los sectores no-europeos. El indígena en las novelas de Saer, Iparraguirre y Brizuela constituye meramente una metáfora que responde a diferentes nostalgias y desafíos de una cultura en crisis. Y, aunque puede simbolizar grupos excluidos y silenciados a lo largo de la historia, su representación no es sinónima a la creación de un nuevo espacio para un grupo étnico en el imaginario nacional más allá de los paradigmas establecidos en los discursos fundacionales<sup>2</sup>. En otras palabras, el indígena en la visión democrática que proyectan esos textos es incluido como concepto pero nunca como realidad nacional.

En su artículo sobre la reescritura genealógica en el Río de la Plata, Florencia Garramuño subraya que el involucramiento de novelas históricas en los procesos democráticos parece bastante sutil (89). Aunque la reescritura genealógica acompaña la transición hacia la democracia, también evita la construcción de un modelo nacional alternativo y “se desliza” a la hora de proponer una nueva mitología. Según Garramuño, la reescritura genealógica es una manifestación del esfuerzo de los escritores de deshacerse de los hábitos de las narrativas hegemónicas. De este modo los autores que reescriben la historia no corren el riesgo de imponer nuevos proyectos totalizadores. El objetivo de este artículo es señalar que la falta de un proyecto alternativo también significa una visión restringida de la democracia que no pone en tela de juicio todo un sistema de pensamiento socio-político-cultural, sino únicamente sus partes desacreditadas por la

---

<sup>2</sup> El trabajo del antropólogo Walter D'Elia identifica una doble suposición presente en el imaginario popular contemporáneo: 1) los pueblos originarios prácticamente desaparecieron a consecuencia de la conquista española en el siglo XVI y las campañas militares de los gobiernos argentinos en el siglo XIX y 2) su extinción ha sido una consecuencia natural del avance de la civilización.

experiencia de la dictadura, es decir un mundo del cual el indígena ya se encontraba excluido. La reformulación de los textos referenciales en las tres novelas ocurre dentro de una lógica que abre posibilidades para proyectos que, si bien revisan los paradigmas sacudidos por la experiencia de la dictadura, mantienen el statu quo entre los pueblos originarios y la cultura dominante y, en consecuencia, proponen un proyecto democrático limitado.

Las novelas de Saer, Iparraguirre y Brizuela reescriben el relato del cautiverio que domina las crónicas sobre el encuentro entre europeos/argentinos e indígenas y sugieren otras perspectivas: el narrador/protagonista de *El entenado* es un cautivo que se hermana con el subalterno; *La tierra del fuego* narra la historia de un indígena llevado al mundo de la “civilización” y un argentino cautivado por la cultura de Inglaterra; y en *El placer de la cautiva* la protagonista ve en la toldería una oportunidad para emanciparse de las restricciones misóginas de la cultura blanca. Las tres novelas cuestionan la construcción y distribución de identidades en los textos referenciales y proponen narrativas que permiten diferentes interpretaciones del pasado a la vez que toman en cuenta la existencia de diferentes perspectivas. Sin embargo, el indígena no representa tanto una etnia en particular, sino lo marginado del proyecto nacional. Es una metáfora que remite, en el contexto de la redemocratización, a tensiones políticas—el indio y la cautiva son los primeros desaparecidos—o a un ideal que encarna las nostalgias de una cultura en crisis.

El protagonista/narrador de *El entenado* parece estar inspirado en la historia de Francisco del Puerto, el grumete de la expedición de Juan Díaz de Solís al Río de la Plata en 1515, pero las pocas referencias a figuras o hechos históricos y las declaraciones del mismo autor sugieren más bien un texto parabólico (Pons 218, Díaz-Quiñones 4-5). Si se trata de un caso de reescritura, la crítica (De Grandis, Pons, Díaz-Quiñones, Chanady, Albornoz, Copertati, Gollnick) presenta *El entenado* como una novela que entra en diálogo con una variedad de textos referenciales que remiten al primer encuentro entre los europeos y amerindios cuestionando los discursos que “se atribuyen el poder de componer y distribuir el espacio del

otro, un espacio lo suficientemente distante y desconocido como para que permitiera en la alteridad del amerindio los mitos, leyendas, deseos y temores que conforman el imaginario europeo” (Pons 231).

Visto de esta manera, el texto constituye una reescritura crítica de la representación de un grupo condenado por los textos referenciales y fundacionales a la exclusión. Saer lo logra mediante la idealización de un narrador/protagonista tráfuga que, a diferencia de un cautivo que sobrevive y subraya así la superioridad de la cultura hegemónica, se identifica con la cultura de sus captores (Gollnick 108-09). Escribiendo desde la perspectiva de su vejez y desilusionado con sus compatriotas, el narrador se concentra en tratar de entender a los colastinés y reevaluar la cultura europea a la cual se reintegra después de años de cautiverio. El espanto inicial producido por el canibalismo de la tribu, cuyo acto presencia, cede paso a la admiración de las costumbres y valores indígenas que le permiten reflexionar críticamente sobre la cultura de sus compatriotas.

Díaz-Quiñones, Gollnick y Vekic ven en el narrador de *El entenado* (joven, huérfano, abandonado) una subjetividad descentrada que le permite internalizar la perspectiva indígena y proponer una identidad híbrida. Sin embargo, la aparente heterogeneidad que resulta del contacto siempre se concluye desde una óptica que asimila los elementos amerindios. María Victoria Albornoz nota (70) que la metáfora central de la novela de Saer es el canibalismo que no se refiere tanto a las costumbres antropófagas de los colastinés, un dato que cuestiona mediante el análisis del narrador que considera dudoso, sino, precisamente, al consumo e incorporación de la imagen del indígena por la cultura dominante. Efectivamente, el narrador pertenece firmemente a la cultura europea y simplemente consume y digiere el mundo indígena que se convierte en vehículo para las ideas que tienen por objetivo reevaluar y posiblemente reformular la cultura a la que se reintegra.

El relato es sobre todo fruto de una frustración del narrador que confronta dificultades en formular su historia dentro de una tradición epistemológica que impone una visión que no corresponde a su experiencia. El primer intento de dar una forma a sus reflexiones, *Relación*

*de abandonado*, escrita a base de sus diálogos con el padre Quesada, un sacerdote que le ayuda a reintegrarse en la sociedad, resulta un fracaso. Como lo indica el propio narrador, la *Relación* no incluye “cosas esenciales” (103), o sea, información que desde la perspectiva del tiempo el narrador considera importantes pero que en aquel entonces no se atrevía a mencionar. Su segunda prueba de describir su vida entre los indios en forma de una comedia escrita para una tropa de actores ambulantes le trae tanto fama como dinero, pero presenta a los indígenas según estereotipos que solamente confirman el imaginario europeo (108). La desilusión con las formas literarias lo conduce a escribir el relato que constituye el texto de *El entenado*.

Hay que subrayar a estas alturas que el narrador no duda del poder de la escritura. Aún más, considera el momento en el que el padre Quesada le enseña a leer y escribir un renacimiento (105) y, después de ahorrar una fortuna con la comedia que había estrenado con la tropa, invierte todo en una imprenta (112). Cumpliendo con su responsabilidad de testigo que le confiaron los indios, el narrador no vacila en sostener la memoria de los colastinés y producir, por fin, un relato “verdadero”. Por eso, reformula la historia pero, en el proceso, canibaliza al indígena para poder reflejar sobre su propia existencia dentro de una lógica determinada por la escritura.

Después de contar sus aventuras entre los indios y la historia de su regreso que termina en una vejez apacible, el narrador se concentra en las observaciones sobre la tribu (118-153). Señala que su última prueba de describir su vida tampoco es de fiar ya que en su memoria deben mezclarse “sueño, recuerdo y experiencia” y a pesar de diez años de cautiverio, el dominio de su idioma, y sesenta años de reflexión, le resulta imposible entender a los indígenas plenamente (148). La presentación de su cosmovisión pone en tela de juicio la metafísica logocéntrica en la que se basan los sistemas epistemológicos europeos con los que *El entenado* entra en diálogo: los colastinés están preocupados por lo precario de su existencia (119) y las palabras en su idioma tienen una relación con el significado que le escapa (121), como si el universo dependiera de ellas y no al revés (123). Pero su mundo y su idioma constituyen meramente un reflejo de las preocupaciones filosóficas dentro de la cultura europea, lo que acerca al

indígena de Saer al salvaje noble en la tradición retórica de Montaigne (Díaz-Quñones 10), es decir, un constructo cuyo objetivo no es tanto representar el sujeto sino proyectar un ideal en la otredad.

En el contexto del año 1983 en el que la novela fue publicada, la imposibilidad de comunicar ciertas formas de experiencia extrema ancla la novela con la experiencia de la dictadura, tal como lo indican Gollnick y Bastos. El mismo efecto tienen las imágenes de los cadáveres de los indios, víctimas de la violencia de los soldados españoles, que flotan en las aguas embarradas del río. Y la irreversible desaparición de la tribu—a la que están condenados los colastinés—remite irrevocablemente a los enlaces entre la sistemática exterminación de los pueblos originarios y las tendencias endémicas en los discursos referenciales a eliminar al otro que desembocaron en las experiencias del terror del estado (Shumway, Viñas).

La dictadura se manifiesta en la novela no solamente mediante las asociaciones con la violencia sino, sobre todo, mediante la condena de la exclusión como lógica dominante de los procedimientos enunciativos del pasado. En este sentido los colastinés representan los grupos marginados a lo largo de la historia del país que el texto del narrador rescata para, primero, preservar y celebrar su memoria y, segundo, abrir así las posibilidades de proyectos inclusivos en el futuro. Pero la construcción de los colastinés y su mundo en el relato indican que, aunque simbolicen lo excluido, no constituyen una representación de los pueblos originarios como sujeto.

A diferencia del tráfuga de *El entenado*, el cautivo, o más bien los cautivos, de *La tierra del fuego* cumplen con las características de su papel: permanecen fieles a su origen, resisten la influencia de la cultura que los secuestra, sobreviven los desafíos de su aventura, vuelven a su tierra natal y así confirman la superioridad de su pueblo. En el caso de la novela de Iparraguirre, sin embargo, es la civilización la que representa la fuerza secuestradora que afecta a dos protagonistas de diferentes culturas. El primer cautivo, y el más obvio, es un indígena yamana, Jemmy Button, llevado de la Tierra del Fuego por Robert FitzRoy de la Armada Británica en 1829. El segundo es el narrador de la novela, el argentino Jack Guevara,

miembro de la tripulación de las expediciones de FitzRoy cautivado por la civilización representada por Gran Bretaña.

Jack Guevara inicia su historia con la llegada de un mensajero que le trae una carta en la que la Armada Británica exige un informe en inglés sobre el “desdichado indígena” Jemmy Button y “su posterior destino” (18). La respuesta que produce Jack, o sea el hilo narrativo de la novela, toma la forma de un relato escrito en español que va más allá del género epistolar y entreteje la historia de Jemmy Button con su propia vida. Norman Cheadle, Juan Pablo Neyret y Magdalena Perkowska afirman que la novela redefine la historia nacional, rescata del olvido la memoria de un grupo marginado y denuncia las prácticas de exclusión del discurso hegemónico. Y no cabe duda que, efectivamente, la novela desafía algunos paradigmas presentes en los discursos fundacionales; pero, como en el caso de *El entenado*, la inclusión de los pueblos originarios en el relato no solamente es eurocéntrica, para repetir a Robert L. Sims, sino también reproduce la lógica de colonialidad.

Jack interpreta la carta de la Armada como un elemento ajeno a su realidad que representa un mundo que él conscientemente rechaza (38). Pero como indica su nombre, nacido de madre argentina y padre inglés, el narrador representa una identidad híbrida y se identifica en gran medida con la civilización europea definida, en aquel entonces, por la posición dominante de Gran Bretaña. Los viajes a bordo del *Beagle* con FitzRoy, el secuestro de Jemmy Button, su estancia en Inglaterra y el proceso de recordar y describir los eventos de los que fue testigo lo invitan a reevaluar tanto la noción de civilización representada por Gran Bretaña como la posición de sus compatriotas que vieron en ella un ejemplo para el Estado argentino. Aunque Jemmy Button fue indudablemente el cautivo de Robert FitzRoy, la historia de Jack sugiere que tanto él como sus compatriotas se encontraron también en la posición de cautivos respecto a la civilización europea.

Jack admira la cultura inglesa y siente un vínculo personal con ella, pero al final la rechaza porque el proyecto que representa fracasa confrontado con la realidad de su tierra. Su padre, William Mallory, lo introduce a la civilización enseñándole a leer y escribir en inglés y

castellano sólo para suicidarse cuando su instrucción termina. El capitán FitzRoy, “un ejemplar privilegiado de lo que había llegado a ser Inglaterra” (82) sucumbe al mismo destino degollándose con su propia navaja (20-21). El caso del capitán está vinculado con el fracaso rotundo de educar a Jemmy Button en Londres y devolverlo a los suyos para que iluminara a sus compatriotas respecto a los beneficios de la civilización. A pesar de que el indígena aprende el idioma y las costumbres de los blancos, conscientemente vuelve a su estado—considerado primitivo—rechaza la proposición de FitzRoy de volver a Inglaterra (199), encabeza una masacre—a piedras y palos—de los misioneros ingleses (225) y, conociendo la mentalidad de los blancos, manipula el juicio para que lo exonerara (273-75). El desencanto de Jack culmina con sus aventuras en Londres donde queda claro que, siendo argentino, tanto su patrimonio como el conocimiento de la lengua y cultura de Gran Bretaña no le garantizan la aceptación de la civilización misma que lo considera, al igual que a Button, un salvaje. “¿Es que los gauchos saben leer? Cómo es posible el prodigio, si son salvajes” le pregunta incrédulo Charles Darwin al bordo del *Beagle* (164). La crítica de la civilización anima a Jack a establecer una amistad íntima con Jemmy con el cual comparte una posición inferior a los ingleses. Admira su fuerza física, reconoce la superioridad del sistema ético de su pueblo, conoce su nombre verdadero, Omoy-lume, y a su familia. Además, como ningún inglés, comprende las razones detrás de la matanza que protagoniza (276-77). Sin embargo, tampoco considera a Jemmy su igual y no quiere, en ningún momento, que lo confundan con el yamana en su categoría de salvaje.

La carta de la Armada que desencadena la narración representa un elemento extraño que el narrador compara con un parásito o un grano de arena introducido en la valva de una ostra que instintivamente se defiende, lo envuelve en hilo de nácar y produce una perla. Siguiendo esa metáfora, Jack Guevara se defiende contra el dominio cultural de Gran Bretaña y envuelve la carta pacientemente en el hilo narrativo que produce el relato en el que elabora su posición tanto frente a la civilización como a la barbarie (83). El proceso de escribir, la perla de Guevara, le ayuda a establecer una identidad propia que, sin embargo, reproduce la lógica de



colonialidad, es decir, un discurso que impone jerarquías a nivel epistemológico, donde lo europeo siempre domina y justifica el control de las (ex)colonias. En el caso de América Latina, según Walter Mignolo, la colonialidad es reproducida internamente:

The singularity of the Americas, seen from the perspective of coloniality, also resides in its being the space where a population of Creoles of European descent gained independence from the imperial metropolis, and reproduced the logic of coloniality in the new independent governments in both the North and the South against the Indigenous and Afro populations. Thus, the Creole population of European descent became, in South America and the Caribbean, the master while remaining the slave with respect to Western Europe and the US. (47)

Jack rechaza una lógica que lo condena a un papel inferior y su relato tiene por objetivo desengancharse intelectualmente de lo europeo, pero simultáneamente anhela el reconocimiento de la cultura británica. A lo largo de la historia, Jack evoca constantemente a Mr. MacDowell o MacDowness, representante de la Armada, que considera destinatario de su carta aunque no piensa mandársela. Lo que permite a Guevara finalmente emanciparse es la inclusión en sus divagaciones identitarias tanto de los elementos y referencias textuales europeos como de Jemmy Button. Pero lo define únicamente desde su propia perspectiva. Cuando habla con él lo llama Omoy lume, usando su nombre indígena, pero cuando escribe sobre él siempre utiliza el nombre que le atribuyó FitzRoy, Jemmy Button, para que su relato formara parte del discurso epistemológico dominante.

El narrador de *La tierra del fuego* reconoce de este modo la presencia del amerindio en la historia nacional pero también lo silencia. Con la excepción de unas cuantas palabras, Jack Guevara no intenta aprender el idioma del yamana lo que le impide entender su perspectiva, una situación que no parece molestarle, mientras que Guevara se rebela contra la dinámica del poder que existe entre la cultura británica y argentina manteniendo y reafirmando la misma dinámica entre él y Jemmy Button. A la hora de escribir la carta a la Armada, Jack Guevara se niega rotundamente a narrar su historia en inglés, que domina perfectamente, porque el idioma impondría una estética e ideología de la que quiere emanciparse. Al mismo tiempo, no vacila en describir al yamana en

castellano. Y, por último, el yamana y los indígenas que luego Guevara observa en la pampa desaparecen, y, como los colastinés de Saer, no tienen “posterior destino”. Lo único que queda de ellos es su recuerdo guardado en castellano en el relato de un argentino que busca independizarse intelectualmente del Imperio.

Mientras *El entenado* revisita las crónicas sobre el encuentro entre europeos e indígenas y *La tierra del fuego* los discursos en los que se basó el Estado argentino decimonónico, *El placer de la cautiva* de Leopoldo Brizuela reinterpreta el pathos de la relación entre la cautiva y el indio. Según Andrea Alejandra Bocco, la literatura del siglo XX, y *El placer de la cautiva* en particular, rescata a la cautiva del olvido y subraya, mediante un cuerpo librado sexualmente, que “existió, atravesó la frontera, engendró “argentinos” y gozó yaciendo con el salvaje/aborigen”. En este sentido, la novela corta de Brizuela se inscribe en el marco de reescritura genealógica, pero aunque el empoderamiento de la protagonista cambia la percepción del indígena que se convierte en sujeto deseable, al mismo tiempo lo sanciona como elemento responsable por el atraso civilizatorio.

La perspectiva del mestizaje, especialmente aquella que consideraba a las mujeres su vehículo, resultaba inaceptable para el concepto de nación que emanaba Buenos Aires en el siglo XIX. Según Susana Rotker (38), las cautivas históricas eran mujeres raptadas, a menudo subalternas (mestizas, hijas de gauchos, soldados y pulperos), cuyo cruce al otro lado de la frontera y la cohabitación con el indio las condenaba irremediablemente a la exclusión. Consideradas sujetos poco relevantes, el Estado prefería ignorarlas y hacerlas desaparecer en los laberintos burocráticos antes que reinsertarlas en la sociedad (Bocco). La literatura de frontera decimonónica refleja esa actitud. Esteban Echeverría, en su obra cumbre, *La cautiva* (1837), narra la historia de María, una mujer blanca quien, a pesar de escapar, matar al indio y liberar a su esposo, nunca puede volver a la civilización. Contaminada racial y culturalmente, lo pierde todo en la inmensidad de la pampa y, convenientemente, muere al final de la obra. El clásico de Echeverría reconoce y encumbra su heroísmo, pero el cruce de la frontera por la cautiva resulta definitivo, irreversible y destructor.

Al contrario del personaje de Echeverría, Rosario, la joven protagonista de Brizuela, no solamente es subalterna sino que se ve atraída por la pampa. Después de la muerte de su padre pulpero, “enamorada del desierto” (19), insiste en viajar con el cabo Vega a una guarnición de avanzada para escapar el destino poco tentador de devenir esposa y sucumbir a otro tipo de cautiverio (16-17). Pronto los dos se ven perseguidos por jinetes indios, entre ellos el joven guerrero Namuncurá y su acompañante, cuya edad corresponde a la del cabo. Sin esperanzas de defenderse en una confrontación directa, Rosario toma la iniciativa y retrasa a los indígenas, matando el caballo de Vega. Atormentados por el hambre que devastaba su comunidad por meses, los indios interrumpen su persecución para consumir el animal (30). Aprovechando su distracción, Rosario se aleja a una distancia que examina constantemente y, cada vez que la juzga amenazadora, la extiende. Así el narrador inicia el “largo duelo entre dos mundos” (32) y, dentro de su marco, el cuestionamiento de la relación cautiva/indio.

Sajando el cuello de la yegua y asumiendo el papel tradicionalmente reservado a su padre (28), Rosario se transforma de espectadora en sujeto activo que domina sus circunstancias. Ese “bautismo de sangre” la impulsa a establecer las relaciones de poder tanto con el cabo Vega, que la sigue casi ciegamente desde entonces, como con los indios. El contacto visual permite a Rosario observarlos y aprender técnicas que le ayudan a sobrevivir y usar el terreno como su aliado (41). Pero con el tiempo su estratagema hechiza tanto a los indios como a ella misma en una relación que “combinaba armónicamente la sed de aventura de los indios nómades con el ansia de eternidad de los blancos sedentarios” (50-51). Apoderados por su “deseo constante de los blancos” (47), los indios obedecen a la cautiva, la imitan (45), se adaptan a ella, y hasta vigilan, como ella, que la distancia entre ellos no cambie (48) mientras que ella se deja seducir por la libertad de lo salvaje.

La representación de los pueblos originarios en *El placer de la cautiva* se basa, hasta este momento, en el imaginario elaborado por la literatura decimonónica. El primer instinto de Rosario al ver a los indios es el terror producido por los relatos sobre los salvajes que “[descarnan] las

plantas de los pies” de las cautivas (24), una imagen reminiscente de *Martín Fierro* de José Hernández, y chupan la sangre de la yegua (30), como los indios de Echeverría (Bocco). Rosario se da cuenta de su poder y lo disfruta pero su osadía va más allá. Los desafíos de la evasión combinados con sus trece años la incitan a descubrir su cuerpo (58) y desear al joven guerrero: “Ebria de poder”, Rosario empieza a provocar y seducirlo tanto con lo erótico como con la promesa de un “paraíso doméstico” (63).

La insoportable tensión entre los jóvenes es interrumpida por la intervención de fuerzas naturales. En el momento culminante, cuando Rosario deja al joven acercarse, un tornado restablece el orden tradicional. La atracción desaparece y, junto a la primera menstruación de Rosario, deja paso a la vergüenza de la protagonista y al odio hacia los blancos de Namuncurá (79). Rosario empieza el ciclo menstrual y confronta su deseo con las probables consecuencias de rendirse y convertirse en cautiva. Pero cuando el indio finalmente la alcanza Rosario rechaza el papel de víctima y con sangre menstrual se marca la frente con un signo parecido al de los niños que llevaban la peste. El símbolo de la enfermedad infecciosa aterroriza a Namuncurá y los papeles se invierten: el indio huye del contagio; Rosario, recuperado su poder, lo persigue y, poniendo un facón en su nuez, lo besa (90). El desenlace no es entonces la humillación de la cautiva, o, como en el caso de María la eliminación del indio, sino su triunfo, satisfacción y empoderamiento. El mundo indígena que hasta ahora solamente observaba desde lejos ofrece una alternativa. Pero, justo cuando el lector anticipa una visión paradisiaca en la que la cautiva disfruta de libertades prohibidas en el mundo restringido de la civilización, Brizuela, en la última frase, se burla de tales idealizaciones y confronta al lector con las realidades del cautiverio:

Y cuando también Namuncurá hubo bebido y se durmió atormentado por la sospecha de que Rosario le hubiera contagiado la peste, los indios tomaron a la muchacha entre sus brazos y entonces, como a todas las cautivas, le arrancaron minuciosamente las plantas de los pies. (94)

Aunque Brizuela presenta “una pampa donde lo violento no es únicamente constitutivo del exterminio roquista, sino condición de la

erotización de este territorio” (Saccomanno), la mutilación de la protagonista en las últimas frases de la novela, perpetúa los discursos tradicionales porque la joven, como lo explica Semilla Durán, “nunca podrá andar por el territorio organizado del otro lado de la frontera, donde su paso vacilante, será la marca del cruce” de dos culturas.

Las novelas de Saer, Iparraguirre y Brizuela rompen el discurso que, según Tulio Halperín Donghi, formuló la nación en oposición al desierto, entendido como ausencia de civilización y control gubernamental. En este sentido, los autores estudiados se oponen al discurso histórico y proponen narrativas que incorporan a los indígenas en un discurso democrático. Sin embargo, la inclusión de los pueblos originarios parece ser meramente simbólica porque se considera que los indígenas no gozan de la perspectiva de un futuro o su presencia es perjudicial para el progreso. Su papel se limita a una metáfora que permite reevaluar los procedimientos enunciativos exclusivos pero sin entrar en un proyecto verdaderamente participativo. Los pueblos originarios, desde el punto de vista de Saer, pertenecen, por un lado, a un pasado definitivamente desaparecido y, por el otro, su imagen sirve en la novela como un comentario anclado en la realidad de la posdictadura. El narrador de *La tierra del fuego* incluye a Omoy-lume en la historia, pero el yamana sigue siendo el salvaje últimamente incomprendido que no logra “un destino posterior”. Y, finalmente, la novela corta de Brizuela reivindica los orígenes de la nación rescatando la figura de la cautiva pero, a su vez, presenta la influencia indígena perpetuando los discursos tradicionales y asociando lo indígena con el atraso.

La reescritura de los textos fundacionales en las tres novelas se inscribe en la negociación teórica instaurada en el pensamiento latinoamericano acerca de la posmodernidad, o sea, parte desde un proyecto de modernidad para terminar en el proceso de redemocratización. Consecuentemente, no niega la historia como modo de entender el pasado, ni presenta su visión apocalíptica, sino la reescribe de acuerdo con nuevos enfoques ideológicos que subrayan la idea del pluralismo. Pero, según Mignolo (xv), completar y acabar el proceso de modernidad significa precisamente reproducir la lógica de colonialidad. A pesar de la diversidad

de los puntos de vista y técnicas narrativas que las tres novelas históricas presentan, esas reformulaciones siguen una lógica dictada por paradigmas epistemológicos eurocentristas.

En el contexto de la novela histórica de reescritura, que precisamente trata de completar y alternar un discurso histórico formulado desde la modernidad latinoamericana, la representación de la figura del indígena constituye una metáfora para un grupo excluido, reconoce su memoria y proyecta una visión para el futuro que respete la diversidad, pero se limita solamente a una diversidad política. Confirmando su exterminación y, consecuentemente, su inexistencia, las tres novelas invisibilizan a los pueblos originarios en el presente nacional.

### Obras citadas

- Aínsa, Fernando. "La nueva novela hispanoamericana". *Plural* 241 (1991): 82-85.
- Albornoz, María Victoria. "Caníbales a la carta; mecanismos de incorporación y digestión del otro en *El entenado* de Juan José Saer". *Chasquí: revista de literatura latinoamericana* 32.1 (2003): 56-73.
- Bastos, María. *Eficacias del verosímil no realista: dos novelas recientes de Juan José Saer*. Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1990.
- Bocco, Andrea Alejandra. "Escrituras y cuerpos cautivos en la literatura argentina del siglo XIX y sus revisiones en el XX". VI Encuentro de las Ciencias Sociales y Humanas.  
<http://publicaciones.ffyh.unc.edu.ar/index.php/6encuentro/article/view/75> 20.08. 2014.
- Brizuela, Leopoldo. *El placer de la cautiva*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial, 2000.
- Chanady, Amaryll. "Saer's Fictional Representation of the Amerindian in the Context of Modern Historiography". *Amerindian Images and the Legacy of Columbus*. Eds. René Jara and Nicolas Spadaccini. Minneapolis: U of Minnesota P, 1992: 678-708.

- Cheadle, Norman. "Rememorando la historia decimonónica desde *La tierra del fuego* (1998) de Sylvia Iparraguirre." *Celebración de la creación literaria de las escritoras hispanas en las Américas*. Eds. Lady Rojas-Trempe and Catharina Vallejo. Ottawa: Girol (2000): 81-91.
- Copertari, Gabriela. "La invención de la identidad en *El Entenado* de Juan José Saer" *Latin American Literary Review* 52 (1998): 225.
- De Grandis, Rita. "The First Colonial Encounter in *El Entenado* by Juan José Saer: Paratextuality and History in Postmodern Fiction." *Latin American Literary Review* 21.41 (1993): 30-8.
- Delrio, Walter. "Discussing Indigenous Genocide in Argentina: Past, Present, and Consequences of Argentinean State Policies Toward Native Peoples." *Genocide Studies and Prevention* 5.2 (2010): 138-59.
- Díaz-Quñones, Arcadio. "*El entenado*: las palabras de la tribu." *Hispanamérica* 21.63 (1992): 3-14.
- Donghi, Tulio Halperín. *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Garramuño, Florencia. "Genealogía y reescritura: novelas rioplatenses de fin de siglo." *Hispanamérica* 26.77 (1997): 77-87.
- Gollnick, Brian. "'El color justo de la patria': agencias discursivas en *El entenado* de Juan José Saer." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 29.57 (2003): 107-24.
- Iparraguirre, Sylvia. *La tierra del fuego*. Buenos Aires: Alfaguara, 1998.
- Lefere, Robin. *La novela histórica: (re)definición, caracterización, tipología*. Madrid: Visor Libros, 2013.
- Menton, Seymour. *Latin American New Historical Novel*. Austin: University of Texas Press, 1993.
- Mignolo, Walter. *The Idea of Latin America*. Malden: Blackwell Publishing, 2007.
- Neyret, Juan Pablo. "De alguien a nadie. Metáforas de la escritura de la historia en *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre." *Espéculo: Revista de Estudios Literarios* 29 (2005): 59.

- Perkowska, Magdalena. *Historias híbridas: la nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Vervuert: Iberoamericana, 2008.
- Pons, María Cristina. *Memorias del olvido*. México: Siglo Veintiuno, 1996.
- Rotker, Susana. *Captive Women: Oblivion and Memory in Argentina*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2002.
- Saer, Juan José. *El entenado*. Barcelona: Destino, 1988.
- Saccoanno, Guillermo. *Rojo sangre*.  
<http://www.pagina12.com.ar/2001/suple/Libros/01-07/01-07-15/nota5.htm> 25.02.2014
- Semilla Durán, María. *Variaciones y recurrencias. El eterno retorno del mito de la cautiva en la literatura argentina*.  
<http://www.crimic.paris-sorbonne.fr/actes/sal4/duran.pdf>  
25.02.2014.
- Sims, Robert L. "Eurocentrismo, marginocentricidad, historia oficial e historia sentida en *La tierra del fuego* de Sylvia Iparraguirre." *Hispanic Journal* 22.2 (2001): 523-38.
- Shumway, Nicolas. *The Invention of Argentina*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Vekic, Tiana "La experiencia del cautiverio como punto de partida para el desarrollo de una identidad nacional híbrida en dos novelas argentinas contemporáneas: El entenado de Juan José Saer y Finisterre de María Rosa Lojo," *Entrehojas: Revista de Estudios Hispánicos*. 1.1 (2011): Article 6.  
<http://ir.lib.uwo.ca/entrehojas/vol1/iss1/6>.
- Viñas, David. *Indios, ejército y frontera*. México City: Siglo Veintiuno Editores, 1982.